

# El encuentro La casa

Juan Carlos Pumilla



**La Pampa lee**

Imagen de tapa: Reproducción de la obra original *Testigo presente* de Eduardo Di Nardo, óleo sobre tela, Museo Provincial de Artes de La Pampa.

"El encuentro" y "La casa" de Juan Carlos Pumilla

© Juan Carlos Pumilla

Publicados por el Fondo Editorial Pampeano en *Cuento con vos*, Santa Rosa, La Pampa, 1996

Colección: "La Pampa lee"

Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2005

## EL ENCUENTRO

Juan Carlos Pumilla

El cronista acomodó su brazo en el mostrador, inclinó levemente el cuerpo y formalizó el séptimo intento por embocar el pucho en el tacho con arena que el Turco, prudentemente, había colocado en el esquinero que da a la puerta. Falló. Disgustado, caminó hasta la ventana y se puso a mirar el otoño que se escurría entre el aljibe y los caldenes de la entrada.

Se da cuenta -murmuró sin mirar al hombre que saboreaba su ginebra parsimoniosamente en el rincón opuesto- la espalda contra la pared del salón: es una tarde definitivamente linda para hacer algo. Y yo no sé qué.

No hubo respuesta. No era tampoco una pregunta. El hombre siguió con los ojos puestos en los colores que Molina Campos había colocado al mes de mayo en el almanaque de alpargatas y volvió a mirar al Turco que con movimientos lentos sacaba filo al empecinado facón que siempre guardaba bajo el mostrador, junto al sieteluces de apagar entreveros.

Me ha reconocido pero no está temeroso -pensó Juan Bautista-. Eso puede ser bueno o malo. O me tiene fe o está esperando ayuda. Ya vamos a ver.

Un rayo de sol se demoró sobre los aperos cobijados por la enramada y el cronista se preguntó si le convendría partir a la madrugada o esperar hasta el día siguiente. En realidad tenía mucho tiempo: iba con rumbo a La Rinconada a encontrarse con una historia y un poema que había leído tiempo atrás en Santa Rosa. Luego regresaría por Puelches para verificar qué era eso del cobre. La noche anterior el negro Paulino, el Sapito y la Calandria lo habían deslumbrado con sus relatos, sus voces y sus guitarras. ¡Lástima que se hubieran tenido que ir a buscar ese estilo que el Bardino les había prometido! Lástima.

El local era espacioso, demasiado para los tres hombres silenciosos. El robusto mostrador albergaba algunos porrones y varios vasos prolijamente apilados por el Turco. Por encima, la vieja reja de madera que había contenido tantas provocaciones recogía los últimos mensajes de sol que se filtraban por la ventana. En el lado opuesto a Juan Bautista una pared y una sólida puerta de algarrobo custodiaban el escritorio y el acceso a las piezas.

El cronista abanicó su mirada por el interior del boliche. Se detuvo en el minucioso trenzado de los lazos, en la fina estructura de las sillas esterilladas y en las chaquiras que el Turco atesoraba en la vitrina donde guardaba los tarros de tabaco y las largas hojas de acero templadas con la vieja sabiduría del fuego y el aceite. Quizás tenía razón Pablo cuando me despidió: "Te vas a ir a otro lugar del tiempo... donde el hombre plural, unido hermano, indispensable, se redime en la urgencia *-tan malherida pero tan intacta-* de edificar la historia con sus manos". Sí, acaso tenga razón. Un imperceptible movimiento en la suave ondulación que precede al frente de la edificación lo sustrajo de sus pensamientos y permaneció con la mirada fija entre el hueco de tamariscos, con cierta expectación. Entrecerró los ojos.

La silueta desgarbada comenzó a recortarse con mayor nitidez sobre el horizonte. A medida que avanzaba a paso ligero y cortito los detalles se hacían más precisos entre las últimas reverberaciones del sol. Viene a pie. ¡Qué raro! La figura se detuvo para tomar un descanso en el último recodo y cambió de mano un gastado portafolios de cuero marrón. Camisa gris caquí, pantalones negros y un saco grueso de finas solapas. Botines acordonados, raídos y polvorientos.

El cronista creyó oportuno advertir:

-Se acerca un hombre.

Juan Bautista levantó la vista. Bajó las manos y se recostó con mayor firmeza contra la pared de tablas y chapas.

El Turco interrumpió su labor y se corrió unos pasos hacia la derecha, cosa que cuando abriera la puerta el sol no lo encandilara de frente.

El caminante tomó otro breve respiro. Del bolsillo superior de su saco extrajo un prolijo pañuelo con el que se secó la frente y mesó los cabellos peinados para atrás. Luego rascó su barba rala y cana y lanzó un profundo suspiro al tiempo que volvía su mirada, como para medir la distancia recorrida.

*Largo camino el que va de Puelches al boliche. Allá quedó sepultada, al fin el último vestigio de la niña araucana. Ya no más noches de insomnio. ¡Qué paz, ah qué paz! Bella niña araucana, un coro de pifulcas vela por tí.*

El cronista lo reconoció: llega en el momento exacto, la hora del atardecer bermejo, como pensado para él. La misma estampa familiar del puente de Puelches, de la escuela de Puelches, del otro boliche, el del hotel de Thomas.

-Es Juan, el linyera poeta- anunció.

Los otros dos hombres se distendieron.

La medianoche avanza sobre el oeste. El Turco dormita sobre el mostrador mientras el cronista trata de no perder detalles de la conversación susurrada entre los dos personajes del rincón, apenas recortadas sus figuras por las bondades de un Sol de Noche de leve siseo.

-Yo le he dedicado unas trovas, aunque no muchos las conocen -dijo Juan.

-Ya lo sé, tocayo, ya lo sé.

Juan Bautista comenzó a armar meticulosamente un cigarrillo al tiempo que ofrecía su tabaquera.

-No -el poeta dibujó una sonrisa. -Yo ya he elegido lo mío -dijo señalando el vaso con líquido oscuro cubierto por un plato de metal.

-Usted dirá, cada uno busca la mejor manera de morir.  
Yo quiero acabar con los ojos mirando al sol.

-Y yo quiero hundirme lentamente, en medio del estrellero.

-Sobre gustos...

Juan lo miró con aire pícaro, juntando las cejas.

-¿Anda de paso?

-Pregunta zonza, claro que ando de paso. Voy en busca de algunas respuestas.

-¿No las encontró en su viaje por el norte?

-No, de la misma manera que usted no las encontró en el sur.

-Yo insisto, aunque esté algo cansado.

-Yo también.

Juan Bautista destapó el otro porrón que aguardaba en la mesa y ambos brindaron en silencio. Ninguno reparaba en el cronista, ni en el Turco.

El poeta señaló las troneras estratégicamente dispuestas en las paredes del local y se rió.

-Este Turco, de haber vivido en Europa, hubiera construido almenas. Precavido el hombre, ¿ya lo reconoció?

-Creo que sí, pero no le importa. ¿y a usted?

-Sabe que no. Alentaba la sospecha que algún día nos cruzaríamos.

-Sí. Somos hombres de dos tiempos distintos pero esto era inevitable. Y me gusta.

-Claro, a mí también, pero siempre me pareció que iba a ser difícil. Yo ando sin apuro, navegando en vinos y recuerdos. Usted en cambio...

-No se engañe. Los apurados son los otros. Yo busco lentamente la leyenda.

-Entonces, tenemos tiempo.

El cronista venció el último vestigio de reserva y acomodó su silla más cerca de la mesa. Los otros dos lo miraron brevemente y asintieron en silencio. Luego, las largas parrafadas sobre el vino y las distancias, detalles de recios entreveros y esa manía de modelar la historia a fuerza de presencia.

El poeta desgranó coplas sobre sus amores que al final son uno solo. Juan Bautista salpicó la charla con anécdotas, esas que el viento va agrandando hasta convertirlas en huracanes. Ninguno de los dos terminó de emborracharse. El amanecer se apoderó del paisaje e inundó totalmente la fachada del boliche de Chacharramendi. Juan Bautista acabó de aprestar el Lobuno y aceptó el paquete que el Turco le entregó en silencio mirándolo a los ojos.

-Gracias- dijo y le tendió la mano.

Luego se estrechó en un abrazo con el poeta.

-Cúidese, que el vino no le gane.

-Apúrese, que la muerte no lo alcance.

Ambos partieron con rumbos distintos.

## LA CASA

Juan Carlos Pumilla

El movimiento es de una levedad extrema y sin embargo la sombra que proyecta sobre la pared amplía la figura consignando el cambio. Luego, todo sigue igual. El atardecer ejecuta su primer bostezo y las puertas del poblado se van cerrando para que julio no penetre en los interiores. Solo el persistente siseo del viento sobre las ramas desnudas de las acacias se atreve a quebrar la quietud del crepúsculo.

¡Algo se mueve, ahí hay algo que se mueve!. Los últimos rayos de sol que se filtran por la pequeña ventana de la habitación se desplazan extrañamente por las paredes descascaradas y allí, en la caprichosa grieta que apenas se vislumbra, un contorno adicional dibuja, un... no se qué, indescifrable, que parece moverse lentamente.

En los hogares las cacerolas inician su sinfonía mayor. Un incitante aroma a pan tostado se expande por las chimeneas pregonando la sumisión de la comunidad a sus ritos cotidianos. Más tarde, la oscuridad.

En las afueras un perro gimotea y, como todas las noches ocurre invariablemente, en una suerte de exorcismo colectivo, alguien se atreve a mencionarla. La casa de la que hablan entre susurros y sobreentendidos es una edificación común. Tendrá treinta, cuarenta...cincuenta años y nadie recuerda cuando fue desocupada ni quién vivió en ella por última vez. Un anciano insiste sobre una familia venida desde la colonia y otros refutan trayendo a la memoria al linyera de figura enjuta que se inundó de frío y hambre en la escuela abandonada de Avestruz.

Pero no es el detalle de sus moradores ¿o quizás sí? el que genera la inquietud y hasta el desasosiego. No, es la casa. En algún momento uno sintió los primeros ruidos ambiguos y otro los certificó. Luego hubo aquel comentario extraño volcado en la rueda formada entre los que se encontraban ese día en la cooperativa y la imaginiería hizo el resto.

El viento del norte se hace más fuerte y los gemidos del perro encuentran su coro en las orillas. La silueta se inclina hacia el costado pero ya no hay sombras para registrarla.

La casa, que antes se señalaba con un brazo extendido ahora, como fruto de los loteos y cierta euforia en la construcción, ha quedado dentro del radio urbano. Los jóvenes, cuando viajan de noche rumbo a los bailes de Darregueira, la mencionan a sus novias pero sólo pasan por allí en marcha lenta, sin que se atrevan a detenerse. La edificación denota las consecuencias del tiempo en sus paredes y trozos de mampostería revelan prolifas hileras de ladrillos asentados en barro. Cuentan, pero nadie fue testigo, que una pareja quiso un día inaugurar su amor en aquel cobijo y nunca más se supo de ella. Los pobladores no desmienten el episodio pero un espeso manto de silencios y evasivas cubre irremediabilmente al que procura mayores precisiones.



Durante el trajín de las jornadas la casa pasa desapercibida y el despliegue de rodados y niños por el acceso a Guatraché desmiente las tribulaciones nocturnas. La inquietud sobreviene por las tardes y se acrecienta hacia la medianoche. ¡ Si hasta los agentes del rondín cruzan la calle cuando enfrentan su vereda!

Los narradores de historias también aseguran que por ahí no vuelan pájaros ni se escucha su canto.

Allí está ella, desafiando los tiempos, atrapada en sus misterios, quizás incitando al desafío. La casa que no se doblega, que resiste el asedio, sólo claudica su corteza, tal vez la razón de los quejidos. Pasan los años y el lugar repele a los osados, a los usurpadores de sitios ajenos, a los escépticos de sueños inseguros. Con el tiempo el poblado se hace grande, como ese temor umbroso que la rodea. Su magia ejecuta los pases más inverosímiles ante el estupor de los que no creen, ante el rubor de los que no entienden.

Como un antiguo bastión el sitio ha quedado rodeado de baldíos que no han tentado a ningún comprador desprevenido. Los que han construido en los alrededores guardan desde hace mucho un cerrado hermetismo sobre las historias de ruidos y quejidos que abundan en los corrillos de los negocios de la misma calle principal pero hacia el centro. Además, no hay quién reclame su posesión y se sabe que en la municipalidad la hoja catastral, correspondiente a esa manzana, fue arrancada.

Los viajeros fueron los responsables de esta malquerida notoriedad. Por alguna extraña razón los vecinos de Guatraché nunca hicieron gala en forma pública del centro de sus preocupaciones. Incluso se sabe de quienes interrumpieron una amistad en ciernes cuando un forastero intentó asociar a la casa con los duendes que habitan la laguna. Se dice más, se dice que quizás el lugar prolongue las incógnitas de la extinta Remecó, pero ya no está con

nosotros Gonzalito, el hombre que veía con las manos, para robustecer o desalentar la especie.

¡Hay algo que se mueve tras el eucaliptus!

Los espectros de la noche inician su danza pueblerina y el cansancio termina por desalentar a los últimos contadores de misterios. Una vez más la tentación de una excursión nocturna ha sido desbaratada y las charlas se desangran lentamente entre promesas que nunca jamás serán cumplidas. El que lee, el que se atreve a leer las pocas líneas que de la casa se han escrito siente un delgado escalofrío en el centro de la espalda. Inquieto, cierra cuidadosamente el atado de papeles mientras la sombra, por una rara rotación de la luna de invierno, se eleva inexorable como esa nube presagiente que el viento hace crecer hasta cubrirnos. Los perros, callan.

---

## JUAN CARLOS PUMILLA

---

Nació en Santa Rosa el 3 de mayo de 1948. Se vincula a la palabra escrita a través del ejercicio del periodismo. En tal carácter ha publicado numerosos trabajos en diversos medios, actividad que sigue desarrollando junto con otras vinculadas a las artes gráficas, la comunicación audiovisual y las nuevas tecnologías informáticas.

Es responsable de la investigación y textos de base del libro *Historia de Víctorica*, editado en 1982 por la Cooperativa de Trabajo del diario *La Capital*; del proyecto *Cancionero de los Ríos*, cuya autoría comparte con Rubén Evangelista, editado por la Cámara de Diputados en 1985 y 2003. Son de su creación los guiones de los ciclos televisivos "Un poco de cultura", "Señales" e "Historias a contraluz" y la realización "Nunca más penas ni olvidos" en el marco de un certamen nacional impulsado por el Instituto Nacional de Cinematografía.

Sigue escribiendo guiones de historietas ilustradas por Daniel Lapetina, artista que en estos momentos está haciendo una recreación gráfica de "Ay Masallé". Sus libros: "*Crónicas cortas de un tiempo largo*" (1985); "*Cuento con vos*" (1986); "*Viejos, tras un retazo del olvido*" (1988); "*El ciudadano*" (1992); "*Clave de sal*" (1996) en co-autoría con Julio Colombato; "*Ay Masallé*" (2000) y "*El Hombre del Potemkin*" (2004).



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*  
**EDUCACIÓN**  
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA



Ministerio de Cultura y Educación  
**GOBIERNO DE LA PAMPA**

